

Demetrio Fábrega

# **Elegías necesarias**

*Wer, wenn ich schrie, hörte mich denn aus den Engel  
Ordnungen?*

Rainer Maria Rilke.

# Huésped tardío

*Your name and your deeds were forgotten  
before your bones were dry,  
and the lie that slew you is buried  
under a deeper lie.*

George Orwell, *In Memory of an Italian Soldier*.

Nos tocó el tiempo del escarnio y la ira.  
Angeles grises del exterminio vinieron  
manchando los aires,  
agitando los cielos que se habían reunido  
para seguir la procesión de la novia,  
bogando roncós, preparándose  
para ir descuartizando las palabras  
y la risa fallida  
del amor primero y de las últimas lluvias.

Por las praderas y los bosques los vieron,  
volando sobre el verdor ungido  
con gruesos goterones  
que surcaban siluetas furtivas  
revoloteando en el profundo azul.

Junto al camino abandonado,  
desde sus madrigueras invisibles,  
como coleópteros amenazantes,  
los halcones suspendidos miraban  
el bregar de los hombres en el atardecer.

Removiendo praderas de juncos erizados,  
vigilando ceñudos con su herraje,  
fueron colmando las ventanas de fuego  
con ánforas siniestras de infiernos preparados  
para el terrible blanco de la noche elegida.

¿De dónde, a qué venían las voces erizadas  
repartiendo ruinas y burlas y penas?  
¿Qué géneros cubrían  
los estandartes de ponzoña  
con los bordes de fósforo ardiendo  
y la marca curtida de herrar corazones?

Las manos de tu amado tan sólo se cerraron  
para asir el tubérculo de metal oscuro,  
y el lirio de pasión que esperaba tu lecho  
se deshizo en la pólvora, en sangre  
brutalmente derramada.

No pudieron aquella medianoche  
sus oídos volcados en cenizas sordas  
sentirte repitiendo otra vez la doliente  
fábula de la luz de la cananga que nunca  
habría de hacerse aroma entre tus sábanas,  
humo después, sin estrenar por siempre,  
achicharrado su almidón sin olor,  
ceniza apenas agitada en los aires,  
y una presencia perdidiza palpitando de pronto  
en la humedad estremecida.

Para el cáliz de azahar de tu inocencia había  
otros altares, otras conflagraciones,  
no el ajuar de tizones enfurecidos,  
no esta plaza de puertas sin dinteles,

ni el sacrificio del candor jubiloso,  
escamoteado por el invasor.

¿Dónde esconderla ahora? ¿Dónde  
guardar la pobre dignidad hollada  
de la tierra sola que ocupan sus restos?

El chacal importado vigila los caminos,  
en todas las piedras afila sus dientes,  
los hilos de su baba sangrienta profanando  
la flor tibia del recuerdo.

# Ejecución frente a un jardín

Guarda las sombras mudas de los nombres  
de los muertos anónimos  
en un rincón profundamente personal de tu sangre,  
dormidas apenas, jamás olvidadas,  
sin que la duermevela agite  
la acusación en sus pistilos,  
sin dispersar la afrenta en sus corolas.

Guarda las sombras ya por siempre perdidas  
de las sonrisas tuyas, y sus voces,  
guareciéndolas, acunándolas,  
entre estremecimiento y músculo,  
debajo de tu piel, en tu ahogado dolor,  
como sombríos huéspedes pertinaces,  
como señal orgullosa de servidumbres recíprocas  
en un nuevo deber solidario.

Humedecidos por la vespertina  
llovizna sus flancos de adelfas ensangrentadas,  
el callejón de los fusilamientos  
no es testimonio suficiente.

Limpias sus piedras,  
y sin huellas visibles  
del coletazo del terror, el muro  
sólo podrá oponer silencio a secas  
entre abrojos y espinas  
a los ojos que busquen  
las presurosas lágrimas  
de la pausa en la lucha  
para callar también lo que calla la historia.

Su vida en tu conciencia ahora  
es la única vida que les queda.

# La cultura del miedo

No toques la azucena, que en su pálido  
perfume de frescor está la muerte  
agazapada, palpitante, al acecho.

No te acerques al lago, que en sus frágiles  
azulencas ondas se pasea la muerte  
con su mordaza azul de alas de espuma.

No escuches las canciones, que en sus trémulos  
juncos de luz se refocila la muerte  
como la sombra lúbrica de una sirena extraviada.

¿Qué más pruebas querrías?  
Si todos los que trenzaban guirnaldas  
en los festejos nupciales murieron;  
si todos los que untaban sus siluetas brillantes  
con la suave coraza de la luna  
tendida sobre el agua murieron;  
si todos los que elevaban himnos  
en el éxtasis íntimo de la alborada  
de las carnes en flor también murieron,  
¿podrás acaso tú pedir más pruebas?

En el humo, en el vino, en los besos,  
en el envés de la alegría  
o del dolor por igual,  
allí también verás el resplandor  
del propósito del simple tránsito,  
lánguidamente oculto  
germen de lo extinguido.



Del mismo modo te dirán una tarde:  
"Cuídate incesantemente de todos los peligros.  
Son demasiados para el hombre. Y nunca,  
so pena de la propia muerte  
comprobada por medios rigurosamente científicos,  
no te atrevas ya nunca  
a gastar en vivir lo que te dejen de vida".

# El testamento renovado

No puede ser. No. ¿Que nadie lo sepa?  
¿Que no quede nada?  
¿Ni una queja siquiera en el distante rumor?  
¿Que ni un suspiro sobreviva  
en la súbita asfixia del sobrecogimiento?  
¿Que el vértigo del horror termine  
aquí, sus purulentos pétalos esparcidos,  
olvidado también en el silencio azaroso?

Esta vez no venían a horcajadas  
sobre monstruos brillantes de sudor ni traían  
láminas de cristal enlucido  
en las alforjas hinchadas sobre los ijares.  
Su equipaje esta vez incluía elíxires  
de arrebató filial para hacer los misterios  
más deslumbrantes, más sobrecogedores  
que la otra vez con los escudos bruñidos  
y los altos yelmos de sustancias oscuras.  
Esta vez no agitaban estandartes  
con grandes cruces rojas.

Ya no arrojan ni plomo ni fuego  
las bocas de sus armas invisibles.  
Tocan la piel del hambre y la desesperanza  
con sucedáneos de amapolas  
y unguentos sonoros,  
y hablan de paraísos dispersos  
donde los hombres erigen  
templos de indefinido amor,  
y se abrazan y se unen implacablemente  
cuando en el horizonte divisado asoma

la débil presa señalada  
por los ejércitos de la codicia.

Son las mentiras  
las que asedian ahora la ciudadela,  
y echan abajo sus murallas.  
La realidad se nos vuelve agua en las manos.  
¿Quién dará testimonio?

# Desamor en las ruinas

*Where a multitude of men breathed joy and woe  
long ago;  
lust of glory pricked their hearts up, dread of shame  
struck them tame;  
and that glory and that shame alike, the gold  
bought and sold.*

Robert Browning, *Love Among the Ruins*.

Podría hacerte un canto con cosas de otros mundos  
y pintarte otros tiempos arruinados,  
cuando otros nombres resonaban;  
y podría hablarte de venablos verdes  
y lenguas encendidas;  
o revivir la historia de algún reino caído  
que nunca hubieras podido conocer,  
donde una reina enloquecida buscaba  
furtivos besos en las caballerizas nocturnas,  
y las pastoras ebrias de alborozo corrían  
con guirnaldas de lirios en los brazos,  
a colgarlas del cuello del guerrero brillante  
que había asomado en la espesura.

Porque sé que cayeron junto a las mismas murallas  
tosiendo del dolor de las heridas,  
y que vino otra novia también así, doliente,  
también irremediabilmente postergada,  
y que se fue también con la madre ovillándose  
como llorosas, inservibles sombras,  
cabizbajas, buscando otras sombras inútiles;  
porque sé que hubo más que esa sangre secándose  
en la olvidada oscuridad, sin dueño;

porque sé que la misma luz ungida  
brilló en los lomos de las cabalgaduras entonces  
cuando las águilas y las banderas chocaban  
en un claro del friso derribado,  
porque sé que la sangre de esos tiempos  
tenía otro destino  
con mortajas de mimbre o de greda o de llanto  
cuando, en su turno por la tierra, los hombres  
dejaban hijos y ciudades y huellas,  
además de los planos de los templos  
de taciturnas diosas crisoelefantinas.

Esta vez no fue así.  
Mataron por matar, por el oro  
que compra las amargas orquídeas de la vergüenza  
y asegura ediciones empastadas  
para un asiento efímero en la gloria.

Esta vez no ha quedado ni constancia  
ni de las ansias ni de los afectos,  
ni de tantas armas jamás antes vistas,  
ni de tantas, tantas heridas nuevas.

No os diré nada aunque la salamandra  
maldiga a solas tropezando  
con dardos de jazmines y azahares,  
ni aunque la vea irguiéndose  
con la cresta erizada hacia la luna,  
sola en la luz hirsuta, denunciándola,  
chillando una acusación.

Los vasos de las viejas palabras se han quebrado  
y nada va a quedarnos de tanta agonía anónima,  
y no ha de haber más rastros que el distante

sabor seco de sal de la sangre sin deudos:  
este sabor de sal inenarrable  
en el polvo afrentado que te crispa los puños  
inútilmente en ciertos sitios  
en esta tierra dolorosa.

# Lamento de unos pescadores

¿No eran éstos los hombros de la ribera profanada?  
¿No fue acaso sobre estos arrecifes  
donde anidaron las gaviotas entonces  
desorientadas repentinamente,  
asustadas de ver tantos incendios?

Bordeando la madera sucia  
nuevamente volvió la maleza a cubrir  
los muñones violados del embarcadero.  
Las huellas de la línea de la quilla ovalada  
son apenas un trazo donde acortan  
su paso medroso las ratas hambrientas.

¿Acaso no es aquí donde a veces oías  
la algazara apacible de los niños  
con sus risas mojadas hasta el tuétano  
por las cálidas lenguas del oleaje en la arena,  
viendo surgir la barca en el regreso,  
las velas recogidas, los remos como estambres,  
la corola de plata de las redes con peces  
sacudiéndose atónitos,  
y un estremecimiento de erizos frescos en el aire,  
y olivas en sus frascos,  
y las ollas humeantes del final de la veda?

De pronto, sin aviso, sin advertencia, sin ojos  
que uno pudiera ver, sin manos que pudiera  
distinguir uno, y sin un pecho  
donde hundir el humilde cuchillo de cocina:  
muecas rugientes y zarpazos furiosos  
de ocultos ángeles desalmados, caídos.

De pronto todo por los aires,  
desvencijado y destruido, todo  
echado a tierra, hecho pedazos,  
y las vidas aquellas y aquellas canciones  
y los juegos, los sueños, los presagios,  
y un hedor inundando los cielos mudos  
con su viruela atroz de gallinazos ahítos.

Venid a verlos nuevamente, jadeantes  
en las enredaderas de los débiles muros  
de la infancia rota, y las banderas  
incendiadas volando  
como luciérnagas infernales enloquecidas,  
sus alaridos en un instante ahogados,  
en un certero y fugaz resplandor,  
y el mascarón en astillas flotando en la humilde  
ensenada invadida, y las puertas sin goznes,  
y las vigas del techo como pajas heridas  
por el obús que enviaban verdugos invisibles.

En la luz inútil de la aurora que surge  
como una desvalida ensoñación, azuzando,  
hiriendo al fin los pasos que ahora llegan  
al malecón cargado de naufragios de sueños,  
¿quién irá a levantar nuevamente los puños  
contra la noche despiadada?  
¿Quién osará otra vez erguir la frente?

No nos dejaron más que las cenizas:  
cenizas que las lenguas impasibles del mar  
van lamiendo y llevándose  
para que no nos queden ni cenizas.



# Duplicidad florida

¿Quién es el hombre que hay detrás de este hombre?  
¿Cuáles son las palabras que esconden sus palabras?

La esmerilada luz en los cristales recoge  
las risas cristalinas,  
el estremecimiento de los dientes  
frescos del hambre joven,  
y un bostezo impaciente y perezoso anuncia  
que es hora de meriendas y la patria,  
por cierto, también puede esperar algunas horas.

Ayer las sudorosas multitudes sentían  
las falanges vibrando con las arengas suyas,  
y veían la incómoda disposición para el sacrificio  
tornarse blanda y sosegada tarea.  
Los vítores, por su parte, marcaban el orden  
intercalando agudos pensamientos,  
en la voz sedosa y viril, afilados,  
como para atender miles de lápices  
de niñas presurosas.  
Eran dignas de ver igualmente las jóvenes  
innumerablemente prendadas de aquel rostro:  
dulces, cálidas, trémulas  
intimididades humedecidas.

Así quisieran todas que pudiera un día  
llegar a ser el temple de sus hijos,  
y que pudieran también dirigir otras frentes  
hacia los mismos desvencijados sueños,  
y que los adornaran los mismos propósitos  
de simulada percepción fraternal.

Esa firmeza altiva, al pausar, en los labios,  
desde luego, también, y la tímida  
blancura serena asomándose  
cautivadoramente diseminada en las sienes.

Antes de recostarse satisfecho, ahora  
cuenta la soldada secreta del trabajo traidor,  
ya sin los ruidos molestos del entusiasmo  
que siempre lo acompañan,  
lánguidamente suspendidos  
en el temblor voluble de la última aparición.

Magullada después, en la desnuda  
penumbra fabricada del atardecer,  
y retorcidos sus estambres  
por la mezquindad y el despojo,  
la habitación silenciosa le espía  
la flor del alma sucia que los tiempos  
le pusieron sobre el alma.

# Yorick, 1989

*Where be your gibes now? your gambols? your songs?  
your flashes of merriment?*

William Shakespeare, *Hamlet*.

Acaso entonces lo habrías visto  
siguiendo el carro de la muerte de cerca,  
a unos pasos tan sólo,  
sencillamente uncido  
a la tarea de ir borrando sangre,  
de recoger restos y ropas  
pesadas de ceniza,  
de ir barriendo la carne hecha pedazos,  
recogiéndolo todo en largos sacos limpios y brillosos  
como negros escualos hambrientos  
en la penumbra en ruinas de aquel violento amanecer.

De no haber sido aquellas manos tuyas,  
otras lo hubieran hecho igualmente, o los grandes  
tractores con cuchillas en las últimas lluvias,  
y los camiones de arena sobre los coágulos  
en el concreto profanado, y el hedor filoso  
de la abominación de las fogatas  
de los cadáveres olvidados  
en su macabra unión de muñones dispersos  
en la tierra sin lápidas ni llanto.

Otros también lo hubieran hecho,  
las mismas cosas, los mismos sitios,  
los mismos rostros de una muerte insensata,  
la misma atroz faena de robarle hasta el nombre

al héroe presuroso en sus harapos ardientes,  
y borrarles a los alaridos  
de los acorralados  
en los callejones, entre tiros y llamas,  
el sello solemne de una identidad  
y el derecho a unos ojos con órbitas y muecas,  
mirando, señalando a los asesinos  
sin cesar, denunciándolos  
interminablemente.

Hoy tal vez vagamente las recordaría,  
entrecortadas, las imágenes  
de sus relatos violentos, entre vómitos  
en la sombra frenética, en el horror paulatino  
de un día cualquiera, un día sin nombre,  
cuando estaban poniéndolos unos encima de otros,  
amontonándolos, procesándolos  
para el anonimato irremediable  
en silenciosos páramos submarinos  
o en una cueva muda bajo la tierra,  
en un vagar sin fin entre gusanos o entre algas,  
sin mejillas, sin labios,  
en esos leprosorios de los sueños que quedan  
cuando los hombres pasan por el tiempo  
y no dejan más rastros de sus vidas  
que unas zanjas de tierra con cráneos desnudos  
o unas conchas dormidas en costillas dispersas  
que nunca encontrarán.

Sus labios no llegaron a conocer las palabras  
que te revivirían lo acontecido  
precisando, aclarando, describiendo,  
mostrándote un camino seguro  
para decirte: "Aquí fue. Por aquí.

Fue aquí donde los juntaban".

Tampoco entendería los insultos  
ásperos en la garganta  
de la sombra del mártir silencioso  
que en el atardecer lo espía  
mostrándole las rosas cárdenas  
de sus heridas secas y sin bálsamo,  
inasibles y solas junto al arroyo virgen de otras sombras.

Nacido en esta tierra,  
creció como todos e hizo el amor  
bajo la lluvia, bajo las estrellas,  
y robó a veces, y una que otra  
conoció la prisión, vio la muerte de cerca,  
y levantó iguales a sus hijos.

Apenas si podrías entreverlo  
lentamente en las brumas  
desvencijadas de la tarde sola,  
siguiendo ahora el carro del olvido.  
Nada pasó, en verdad.  
Nada. Ni culpa ni culpables. Nada.

Otra vez se quedaron  
los libros y los hombres encubriéndolo todo.

Nada que nos los marque en definitiva  
quedó, para que cuando  
al desaparecer el estremecimiento  
que este papel maldito descuajará en tu carne,  
se borren igualmente, sin deudos y sin nombres,  
las huellas del despojo  
que le mandaron enterrar un día.

# Apóstoles de la ilusión

¿Acaso no los ves? Dime, ¿no puedes verlos?  
¿Los crímenes que llevan ocultos las palabras?  
¿No ves la ceniza atroz de los inconclusos  
torpes sueños silenciados en el horror?

Muy lejos, sí, muy lejos  
se dictaron las órdenes,  
se elaboraron los sistemas  
para tentar con nuevos espejismos,  
se remozaron las canciones del envilecimiento  
y el disfraz de la flor del fango de oro.

No les verás seguramente  
identidades precisas,  
ni reconocerás sus nombres.  
Sus ángeles llegarán a los talleres  
con las maldiciones envueltas  
en brillante incienso de chocolate,  
donde las palabras luchan por tener sentido,  
con un aire de benevolencia,  
gagueando apenas..

En las reuniones sonarán sus explicaciones  
con seductores timbres de complaciente aplomo.  
Te rodearán con máscaras, embozados  
como emisarios de otra redención, bendecidas  
con destellos de cuarzo sus mercancías ilusorias,  
y las blandas hogazas tibias  
del pan de otra esclavitud.

¿Y no los ves aún, llenando el aire

con la marca de herrar amargamente  
puesta sobre las gargantas?

En la asfixia que corta tu aliento recuérdalas.  
Aquella niña con el talle cortado como un lirio  
por un obús, y la madre sin llanto  
gritando sordamente en la explanada:  
"Hay un bastión donde los héroes  
se arrancarán los párpados y dormirán  
con los ojos abiertos para siempre".

# Los nuevos bárbaros

En la escuela te hablaron de otros bárbaros.  
Los lomos de sus corceles,  
endurecidos por el cierzo,  
con el sudor de sus cabalbaguras cocinaban la cecina  
de las largas jornadas lluviosas  
en las fronteras imperiales.

Conociste los enmarañados  
rizos de sus barbas y el atroz desaliño  
de sus amores violentos bajo lunas rojas.  
Supiste de las guerras de sus criaturas  
que al galope nacían, y se amamantaban  
con el fulgor de la cerveza,  
sonriendo ante las pilas de cadáveres frescos  
y las alas quebradas de un ruiseñor.

Oíste contar también que, en los palacios,  
en las columnatas de los templos,  
las falsas vírgenes cansadas de la ebriedad,  
ansiosamente medrosas aguardaban  
la nueva fuerza impía en los caminos.

Las ciudades de la desilusión fueron cayendo  
una tras otra, y la sangre débil  
fue resbalando por las escalinatas ebúrneas  
hasta las azucenas dormidas.

Era otra cosa entonces.

Ahora es cuestión únicamente  
del lujo de matar y humillar y desollar la luz interna.



Limpios y bien vestidos y corteses, anuncian  
la ventolina cenicienta;  
de la castración de las almas.

# La noche de la ira

No tiene puertas mi ciudad, y en sus flancos  
titubeaban las grandes avenidas, abriéndose  
hacia el mar azaroso en sus axilas oscuras,  
crispadas de pronto en el atardecer.

Esta ciudad no tuvo puertas nunca,  
la que encontré con andamios y entrañas  
súbitamente esparcidos, desgarrados,  
meticulosamente dispuestos los amargos despojos,  
los goznes ya sin puertas y las sombras  
ya sin farol que las disipara, entre ausencias  
sin voz ni identidad, arrasado, enterrado  
su destino callado de deshonra.  
Puertas no tuvo nunca.

No tendrá nunca puertas la ciudad en la furia  
de los recuerdos, detenidas en vilo  
las siluetas cautivas en los pasadizos quebrados  
que también se incendiaron con timidez, jadeantes,  
ardiendo torpemente en un principio,  
en la espantosa epifanía de certeros relámpagos  
que ángeles falsos, ebrios de furor dirigían.

Huyendo de los repentinos prófugos  
de la ciudad que se borró en un día,  
de los que nunca oyeron sus propios alaridos  
en la asfixiada oscuridad,  
¿no recuerdas acaso  
el sonido de flautas distantes,  
desvaneciéndose, confundiéndose,  
como una pequeña procesión clandestina,

temprano, en la marea ronca del anochecer?

Debe haber sido entonces  
cuando Dios se alejó de la ciudad,  
y se olvidó de todos.

Debe haber sido entonces, en la primera penumbra,  
la novia herida únicamente de amor,  
todavía inconsciente,  
ensimismada y tibia todavía,  
la vendimia de llagas de las carnes  
todavía agitadas  
por la desvanecida inminencia de un beso.

Ciudad perdida en la niñez, arrasada,  
postrada y humillada para siempre,  
ciudad con cicatrices desde hace tanto abiertas  
con un mismo dolor sin cesura, y tus calles  
cárdenas todavía en la hondonada  
donde fueron juntando las niveladoras  
antes de ir desollando los solares  
hasta dejar el barrio en carne viva,  
sin faroles, sin calles, sin nombres,  
sin piel siquiera en su atroz desnudez.

Luego un rumor de voces violentadas  
fue también alejándose,  
perdiéndose tal vez, como el dios fugitivo.

Nuevamente encontraste  
las vocingleras multitudes  
abalanzándose hacia los festejos  
en sitios que después no se recuerdan.

¿Dónde podrían haberla escondido,  
mi ciudad deshonrada, abandonada por el dios?  
¿Dónde habrían querido ir a esconderse  
con el indigesto asombro  
de la complicidad repentina  
por los recién nacidos despanzurrados en la aurora  
sin el recurso de la silenciada  
dirección de sus tumbas,  
sobre estas piedras que jamás llorarán?

Para que los culpables nunca puedan  
ni soñar siquiera con ensordecer,  
las nuevas oraciones se interrumpen jadeando  
con una nueva maldición.

En la vigilia sin fin de la noche de la ira,  
envueltos en truenos con garfios incontenibles,  
sin cesar, sin reposo,  
eternamente hurgando en sus oídos, estallarán  
como un clamor de espantapájaros revividos  
los gritos de los que murieron  
sin ocasión siquiera de dejarnos sus nombres.

# Después del Duino

Desde hace mucho guardan ya silencio  
las jerarquías de los ángeles,  
y el grito repentino hace ya mucho  
que dejó de agitar las preguntas terribles  
rasgando las tinieblas.

Ninguno de los mensajeros luminosos  
quiso dejarnos ni un destello suyo  
antes de desaparecer.  
Ninguna de las walkirias,  
ninguna de las rameras alucinadas,  
ninguna quiso descifrarnos las profecías.  
Ninguna de las doncellas de clámides de piedra,  
ninguna de las visiones del poeta quiso  
decirnos cosa alguna, ni descifrarnos tampoco  
las miserables tiendas de los saltimbanquis  
ni los fogones azules con castañas dormidas.

Ninguna de las mortecinas cohortes,  
olvidadas en viejos volúmenes de encantamientos  
que el abandono o la impiedad mancharon,  
llegó a enseñarnos clave alguna.

Ninguna de sus sombras  
en los torreones sacudidos por el vendaval  
del éxtasis sombrío del crepúsculo  
quiso darnos los nombres  
del tormento en las sienes  
de la estatua y del signo derribados.

Así, los que enmudecieron para siempre mirando  
la ciudad mutilada en la aurora;  
los que perdieron la voz atrozmente  
levantados en vilo  
en escaleras ensortijadas  
como serpentinas de fuego;  
los que vieron el cáliz de la inocencia  
arrancado de cuajo, en el desvalido amanecer,  
no alcanzaron tampoco a revelarnos qué era  
aquel indescifrable óvalo rojo,  
interminablemente tibio entre las rocas,  
abalanzándose sobre mis manos,  
mancillándolas.

Hasta entonces tampoco habían pensado  
en semejante industria de muerte manejada así, tan lejos,  
tan impersonalmente, con tan ciega eficiencia,  
sin que los gritos ni las convulsiones  
de los cadáveres amontonados pudieran  
salvarse de aquel último silencioso destino  
y señalarnos los culpables.

Nadie hasta entonces tampoco había llegado  
ni a imaginarse que en el mismo sueño  
se incendiarían los aires,  
ni que los truenos podrían venir a juntarse  
como racimos de uvas destructoras,  
marcándolos, arrojándolos,  
sacudiéndolos en tinieblas ardientes,  
esparciendo vidas y ansias  
como amorfos tizones removidos  
sin otro objeto que seguir persiguiendo,  
una ilusión de estrellas extinguidas.

¿Quién responde a los gritos  
en la atroz soledad incendiada,  
en las enfurecidas lagunas bestiales?

No es ajena esta sangre.  
La esperanza violada es también tuya y mía,  
aunque sigan calladas las preguntas terribles  
incluso en el delirio.

Sencillamente, en este instante,  
en nombre de los torpes ángeles calcinados  
antes de descubrir las magias hondas  
del esplendor artero de los abrazos esquivos  
en algún turbio atardecer;  
en nombre de los que todavía  
no habían llegado a conocer  
el trémulo perfume del candor ofrecido;  
y en nombre, en fin, de todos los que entraron  
sin denominación mortal definitiva  
en su cárcel de sombras;  
en señal de los labios de los deudos  
desgarradoramente ungidos de silencio,  
alguien apunta las frentes marcadas  
por el honor perdido.

En la vereda de los heliotropos  
junto a la desembocadura  
de los escombros frescos todavía,  
otra luz se apagó para decirnos  
que ya se han ido todas las jerarquías de los ángeles  
y que nadie responde.

# Canción de la combatiente

Junto al arroyo detenido,  
en la hora hirsuta y ronca, sin presagios,  
cuando en la selva todo se detenga  
y las aves perplejas se queden transidas,  
cuando el aire se vuelva como un lago inmóvil,  
entonces sí, tal vez, lejano y mudo,  
podrás sentir su aliento estremeciéndote,  
al pasar, repentino.

No podrás discernir la raya roja  
ferozmente abierta junto a la sien, ni los lívidos  
pechos suyos desgarrados  
por la maleza al huir,  
ni el ombligo abultado por la concepción ni las marcas,  
tenazmente apretadas, del fajón en el talle.

No habrás de verla nunca  
en las laderas sosegadas  
de otra ciudad, junto a otros montes,  
donde los hombres juegan a esfumarse a lo lejos,  
y las risas profundas de la fuente  
reviven otros tiempos de raptos y suspiros  
y carrozas volantes con ninfas repartiendo  
refrescos y perdones a faunos deslumbrados.

No conquistó el derecho de penar  
más que en las agrestes sombras  
de la periferia hostil  
de la ciudad deshonorada.

Si pones una oreja tuya aquí,



sobre la piedra con el nombre oscuro,  
si aguzas el oído y te decides  
a no perder rumor de la vertiginosa  
silueta suya, sin desdén, sin palabras,  
volviéndose, culpándose  
de no haber conseguido  
ni comenzar a acostumbrarse  
al hecho de haber muerto definitivamente,  
de ya no estar más con nosotros,  
de ya no ser, a secas,  
podrás verla llegando,  
sacudiendo las puertas alucinadas del crepúsculo  
en la doliente lejanía  
de la sombra extraviada del cisne en la impostura  
de un jardín sin consuelo en el anochecer.

Verás cómo tendrá que ir disponiéndose  
para acercársele la compañera,  
arrodillándosele a restañar la herida  
que ni cede ni mana humor alguno,  
y la verás después arrugando la frente  
con las punzadas humillantes del miedo.

Oirás como repite una vez más la súplica  
del amante igualmente escogido  
para morir en la madrugada atroz:  
"Hagamos un hijo, amada,  
pero que aprenda a matar".

Cada vez que la tarde estalle en ramos  
de geranios sangrientos,  
y las nubes se llenen de violetas y azaleas desconsoladas,  
la verás, en verdad, y verás siempre  
los incendiados crisantemos frágiles de sus pechos

como agitados por una canción.

Y verás el terrible y repentino despojo:  
toda en sus ojos la explosión corrosiva,  
y el oleaje de fuego repentino borrando  
tristes ansias anónimas.

Miserable ciudad de vidas subalternas,  
los velos rasgados en el templo distante  
únicamente desenmascararon  
el crimen que otra vez ilumina tus llagas.